

9065

~~1049~~

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

LA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

(1906 - 1918)

(DE LA REVISTA ARGENTINA
DE CIENCIAS POLÍTICAS
AÑO VIII, TOMO XVI, PÁG. 9 Y SIGTES.)



BUENOS AIRES

IMPRESA DE JOSÉ TRAGANT - CALLE BELGRANO, 438 AL 472

1918

LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA ⁽¹⁾

(1906 - 1918)

Señoras, señores:

Por última vez en mi carácter de presidente de la Universidad, ocupo esta tribuna, desde la cual he hablado durante doce años a profesores, a alumnos y al país, sobre los múltiples y diarios problemas de la vida del instituto y de la cultura en general. Vengo a cumplir un deber—grato entre todos los que me ha tocado desempeñar durante mis varios períodos— : el de transmitir este alto y honrosísimo cargo, al elegido por la libre e ilustrada opinión de la asamblea del 18 de diciembre de 1917. En este acto, la corporación ha dado la mejor prueba experimental de su capacidad para el propio gobierno y un modelo de democracia consciente, al designar al que ha de presidir sus destinos, entre el grupo de los más aptos, que, por fortuna, la Universidad cuenta en número considerable.

El doctor Rodolfo Rivarola pertenece al núcleo superior de los directivos de la cultura nacional desde hace tres décadas, durante las cuales ha vivido consagrado sin interrupción al estudio de nuestros sistemas legales, a la formación de la conciencia jurídica del pueblo, a la legislación y en igual medida y tiempo, a la enseñanza del derecho y la filosofía en nuestras universidades, cuyos anales quedan marcados por la vasta producción de su talento laborioso, sereno y robusto. Sus obras de ciencia penal, de alta didáctica y de crítica, en libros y revistas, dejan trazada la huella de su paso por el escenario de la más noble actividad, y conquistado para su nombre y su

(1) Discurso de su ex presidente doctor Joaquín V. González, en el acto de transmisión del cargo al actual, doctor Rodolfo Rivarola, el 18 de marzo de 1918.

persona el indiscutible derecho al respeto y al crédito moral de parte de la juventud y de todas las clases sociales de su país.

Desde los primeros pasos de la fundación y organización de la nueva Universidad, el ministerio de instrucción pública requirió los experimentados consejos y directos servicios del doctor Rivarola, llamándolo a desempeñar el decanato de la Facultad de ciencias jurídicas, en el que, bajo el régimen de los estatutos, fué confirmado por la elección del cuerpo docente. Imprimió a los estudios de la más compleja de las facultades, la segura orientación de sus nuevos caracteres, al propio tiempo que su temperamento de maestro y de conductor de espíritus comunicaba a la casa de estudios el sello permanente que habrá de distinguirla entre sus similares y salvarla de todas las crisis probables.

Junto con otros nobles y vigorosos talentos y reputados hombres de Estado y de ciencia—entre los cuales no dejaré de notar el doloroso y bajo algunos aspectos irremplazable vacío del ilustre amigo y compañero doctor Agustín Álvarez—contribuyó a formar ese basamento indestructible de prestigio y autoridad sobre que se levantó la nueva institución universitaria, destinada a provocar tan violentas resistencias, tan apasionadas censuras, tan enconadas agresiones. Ellos solos pudieron sostener sobre sus espaldas, y por virtud de sus sabios y desinteresados consejos, la escasa valía y peso de la primera presidencia que hoy concluye. Los señores decanos de facultades y directores de institutos, colegios y escuelas componentes del vasto mecanismo, como miembros del consejo superior y por sus propias funciones docentes, penetrados desde el principio del espíritu de la nueva Universidad, la han conservado en sus rumbos esenciales y la han mantenido ilesa contra las sacudidas de los muchos peligros que la asaltaron en el camino: reciban en este momento la confesión de mi gratitud más intensa, como recogerán a su tiempo la de todas las generaciones que pasaron por sus aulas, y de la nación entera.

Nació esta Universidad en un momento de honda conmoción del alma de la juventud argentina y de la opinión avan-

zada del país, que pedían reformas de los sistemas vigentes y de las costumbres inveteradas en los antiguos institutos superiores; y nació, no como un efecto inmediato de los sucesos lamentables que perturbaron la serena evolución de la grande Universidad de la capital, sino como una comprobación de arraigadas ideas, y de la necesidad impostergable de ofrecer a las nuevas corrientes del espíritu, nuevos moldes y cauces adecuados; y como un modo de renovar una vieja selva no es injertar en troncos vestustos, sino reemplazándolos por otros en el mismo conjunto, se optó por el sistema de crear una universidad distinta en la ciudad capital de la provincia de Buenos Aires, a la que la nación había dejado en 1880 sin la que fuera ciudad metrópoli del virreinato: era una acertada experiencia y una reparación histórica, y los resultados de la buena siembra se conocieron pronto por el hermoso y sano fruto cosechado.

Porque no solamente participaron de la labor innovadora los mismos maestros de Buenos Aires, anhelosos de reformas, sino que fueron llamados y acudieron a la obra muchos de los hombres que se habían distinguido como exponentes de las ideas proclamadas durante los confusos movimientos y crisis estudiantiles de 1903 y 1904. El ministerio de entonces no participó de tales agitaciones, y por espíritu de autoridad las reprimió debidamente, prometiendo, y cumpliendo la promesa, de estudiar sus verdaderas causas y proponer sus remedios. No era posible renovar directamente los venerables amazones de Córdoba y Buenos Aires, y no era posible destruir, a título de innovaciones parciales, la integridad de organismos susceptibles de reforma espontánea por propia iniciativa. Luego, tanto Córdoba como Buenos Aires, dentro de la fecunda diferenciación local o específica, podrían conservar en lo fundamental sus caracteres históricos, que correspondían a indestructibles modalidades del espíritu nacional y de la cultura de todos los tiempos, y comunes a todas las universidades conocidas.

Las rutinas burocráticas y fiscales, que subordinan los problemas del alma a la lógica de las cifras sin alma, dijeron mil cosas para demostrar la insubsistencia de una nueva uni-

versidad, que costaría más de lo que podría producir; y desde entonces todos los años ésta debía pasar por la terrible prueba de la división de la cifra total de su presupuesto por la de los alumnos inscriptos, para deducir el costo de cada alumno; cuando no se le exigía que al año siguiente de su creación, sus aranceles y bienes dieran lo suficiente para costear con superávit todas sus facultades, colegios, escuelas, laboratorios, museos, bibliotecas, observatorios, publicaciones, campos de experiencias y edificaciones nuevas; la fe inquebrantable de los fundadores y de los hombres de prestigio que la propiciaron, salvó todos los escollos, e hizo posible la influencia de las reformas planteadas, sobre otros institutos que no las habrían iniciado sin el acicate de la ajena experiencia o del éxito extraño. Vino así a comprenderse que, gracias al sistema de las diferenciaciones, tan fecundo para todo progreso, era no sólo posible la existencia de una tercera universidad, sino el engrandecimiento e integración de la de Santa Fe, allí o en el Rosario, y el nacimiento de la de la provincia de Tucumán, con sello tan propio e impulso tan fuerte, como hija de esa rica región argentina y de las nutridas mentes que la llevaron a la vida y le dan cada día nuevo vigor y prestigio.

Un solo instante no residió en el espíritu de los que realizaron esta fundación, la menor intención de desmedro de las universidades madres de toda la cultura argentina, sino que se proclamaron desde el primer instante hijos de ellas y colaboradores de su labor; como que llamó a sus propios maestros a enseñar y experimentar en sus aulas, y no aprovechó jamás de las deserciones revolucionarias de ellas para repletar las suyas. Antes por el contrario, y para matar todo germen de rivalidad, tan funesta en cosas de la enseñanza, no reclamó para sí el honor de las iniciativas, y vió complacida el concurso de sus propios hombres en favor de obras y propósitos de reformas saludables fuera del círculo de su acción. Debido a ese extraño retraimiento, y a obstinadas resistencias de algunos dirigentes, se ha dejado de implantar utilísimas reformas para la enseñanza superior comunes a todas las universidades, que habrían simplificado e intensificado su común labor cultural, con gran provecho para la economía del país y para

el tesoro nacional. Me refiero en esta parte a la duplicación innecesaria en la capital, de estudios que ya tenían su arraigo y vasta extensión de medios experimentales en La Plata, y los cuales se llevaron adelante a pesar de todo, y como si las dos universidades fuesen órganos de dos países distintos y rivales; porque, por diferencial que sea la obra de cada una, siempre pueden ser consideradas todas como partes de una grande y única, donde se elaboran y se preparan los elementos indispensables para la mejor conducción de los negocios de la república, no siendo la división otra cosa que una de tantas formas de la distribución de la grande y general función educativa del Estado.

Mientras se preocupaban los maestros y autoridades de la Universidad platense, de desarrollar un plan orgánico en su interior, llamó a su seno a un cierto número de reputados profesores extranjeros, de las naciones más caracterizadas en las respectivas materias, para traer a nuestras aulas, abiertas como cátedras universales, el pensamiento y los métodos de los más altos exponentes de las ciencias, las letras y la elocuencia en el mundo, no sólo por el valor específico de sus enseñanzas, sino por el de su ejemplo de labor continuada y entusiasta—que falta por lo general a nuestros más inteligentes y eruditos maestros—para éstos y para la juventud de nuestras escuelas superiores. Así han quedado para siempre ligados a nuestra historia los nombres de historiadores, filósofos y sociólogos como Ferrero, Ferri, Altamira, Posada, Carpena, Rowe, Álvarez, Cruchaga, Mabileau; especialistas en las ciencias físicas, naturales y biológicas como Nernst, Hussey y Vallée, para no mencionar aquellos que han entrado a formar parte del cuerpo docente fijo de nuestras facultades técnicas, entre los cuales no dejaré de rendir el más intenso tributo póstumo de nuestra gratitud, al doctor Delachaux, que arrastró en su temprana muerte a la Escuela superior de geografía, creada por el plan primitivo de la Universidad, en el Museo; y al doctor Bose, que dejó tan honda huella de su espíritu y su método en el primer núcleo de alumnos del Instituto superior de física, y que hoy son maestros en su materia. Demostrábamos así a propios y extraños nuestro sincero deseo de asimilarnos

y aprovechar para nuestra patria lo mejor de la ciencia y la experiencia extrañas, y nuestro concepto de la cátedra universitaria, que nunca puede ser un *hortus conclusus*, ni una *fons scillata* de ningún país en particular, negando así la universalidad y esa alta democracia de la ciencia, que formará con el tiempo la verdadera comunidad y armonía entre las naciones. Empezábamos también a estrechar nuestras relaciones más activas, con las universidades más célebres de América, como la «entente» con Pensilvania y Michigán, con las de San Marcos de Lima y la de Santiago, y con algunas facultades brasileñas por medio de algunos de sus más acreditados profesores, y aun habíamos realizado un feliz intercambio de conferencias con la benemérita y secular Universidad cordobesa, cuando las complicaciones internacionales y las evoluciones de la política interna paralizaron tan fecundo y brillante movimiento, obligándonos a recluirnos en nuestras propias aulas; pero no sin haber absorbido ya a pleno pulmón el aire vivificante de aquellas amplias comunicaciones exteriores. Y a éstas debemos agregar las excursiones de estudio, las residencias temporarias de alumnos y profesores en países e institutos famosos del extranjero, y la concurrencia de muchos de éstos a los varios congresos científicos del fecundo período de intercambio cultural que precedió a la gran guerra, como a la de Londres, Budapest, Estados Unidos, Santiago de Chile, Montevideo, y los viajes de estudio de los doctores Roveda, Herrero Ducloux, Calcagno; y habríamos intensificado esa corriente en forma habitual y ventajosísima para todos nuestros institutos docentes, a no haber cambiado de modo tan profundo las condiciones ambientes para tal género de relaciones, y si las mezquindades financieras y asechanzas diversas no hubiesen venido ligándonos las manos hasta inmovilizarnos por completo, a pesar de nuestros evidentes progresos internos, que a veces tuvimos que sustraer de la publicidad como un pecado.

Tuve entre mis propósitos más decididos, adquiridos tras una larga experiencia de estudiante y profesor en otros institutos secundarios y universitarios, el de establecer algo que contribuyese a estrechar, a unir, a identificar los sentimientos

de los núcleos juveniles en una verdadera fraternidad y armonía, que pudiera reflejarse más tarde en la actividad social y política de la nación; y entonces acudí a la experiencia de otros países modelos, y poseedores de los admirables tipos de internados preparatorios y de organizaciones universitarias, tan cerradas y homogéneas como una sola escuela; y nació entonces—continuando tras de cerca de un siglo y en plano superior más libre las tradiciones de Monserrat, San Carlos y la más próxima del Uruguay—la incorporación del colegio nacional con su sección de internado, que sin otra denominación más acertada, calificué de «internado abierto», para armonizar mi repudio de los defectos pasados, con las inmensas e insuperables ventajas de la vida en común, de alumnos y maestros, base casi única de los admirables resultados políticos de otras épocas entre nosotros, y de toda época en países como Inglaterra, Estados Unidos y algunos grandes modelos de Francia. Y si es verdad que el colegio nacional no ha podido aún desprenderse de los resabios y vicios burocráticos del pasado, en cuanto mantiene una ligadura reglamentaria con la autoridad central gubernativa, ni ha podido aún ordenarse su plan de estudios sobre la base de la agrupación de materias afines bajo una sola dirección y acción docentes, la influencia de la Universidad en su enseñanza, en particular la científica de la biología, la física y la química, ha sido poderosa por la compenetración de sus recursos y materiales y de sus maestros, hasta constituir un verdadero descubrimiento la posibilidad de la enseñanza completa, dentro de su ciclo preparatorio, de las referidas ciencias: cuyas vicisitudes y penurias en los colegios nacionales son de leyenda, hasta el grado de que un sabio y anciano profesor de física de Córdoba, me refería que, cansado de solicitar en vano durante cuarenta años la provisión de instrumentos para su gabinete, había concluido por solicitar su jubilación; y que el instrumental de la clase de física del convento de San Francisco era más rico que el de la Academia nacional de ciencias de aquella ciudad.

La experiencia de la creación y mantenimiento, dentro del organismo universitario, de una escuela primaria modelo y de un colegio secundario o liceo de señoritas, como preparación y

experimentación de los altos estudios pedagógicos y para los demás estudios superiores, y la de la sección de internado, con toda su independencia y finalidad propias dentro del ciclo secundario, puede decirse que es el mayor éxito que la Universidad puede ostentar como resultado de su labor de doce años, no sólo como obra exclusiva suya, sino como una conquista nacional. Y no hay vanagloria en esta afirmación, si se tiene en cuenta que renovamos y reproducimos, mejorada, una antigua propiedad nuestra, perdida durante las agitaciones anárquicas de nuestra historia; que adoptamos seleccionada la más probada experiencia de los pueblos más cultos y los consejos más aplicables de sabios educadores; y que disponemos, por razones de despoblación, de más amplios terrenos en que desarrollar las instalaciones indispensables para el sistema, que los mismos inmortales modelos ya nombrados. Creo que si la Universidad mereciese algún día en el futuro la confianza y protección oficial que tuvo en sus primeros años, no solamente habría de aumentar sus casas para internos, sino también crear las residencias para alumnos de los cursos superiores, hasta que éstos completasen el ciclo de la compenetración afectiva e intelectual con la generación que pasa y con la Universidad que queda, esperando las nuevas para ungirlas con el óleo sacro del amor y de la gratitud. Esta magnífica y plena experiencia se debe al acierto felicísimo en la elección de los tutores y maestros inmediatos de los dos grupos de internos, quienes se penetraron, desde el primer día, del espíritu y virtudes educativos del sistema; y éste se desarrolló libremente hasta constituir el que es hoy objeto de casi universal prestigio, atestiguado por célebres docentes extranjeros y por algunos profesores y estudiantes de las universidades de España, Francia y Estados Unidos, que han residido o han enviado sus hijos a este hogar del estudio y de la fraternidad social bien entendida. Así, la creación del internado de La Plata habrá dado no sólo algunas generaciones realmente solidarias en altos ideales humanos y patrióticos, sino preparado un núcleo de directores como el actual, Sr. Dr. Segundo J. Tieghi, digno de regentear los más celebrados modelos de Europa o América, y que ha ganado un asiento indiscutido entre los primeros educadores argentinos del tiem-

po pasado y presente. Ha demostrado, además, esta experiencia, que el Estado puede restaurar sus antiguos internados sobre las bases por él demostradas, sin mezquindades, restricciones ni reglamentos inútiles, y que puede quitar así a la industria privada de este género, parte de las oportunidades que muchos de sus colegios tienen para dañar la salud y la mente de sus pupilos, sin beneficio alguno para los altos fines de la educación nacional. Lo será, sin duda, cuando alguna nueva evolución de las ideas gubernativas nos lleve a creer preferible emplear en la mejor educación de nuestros hijos, los millones que se maigastan en excesivas y complicadas máquinas administrativas, en empresas sustraídas al capital privado y en lujos inútiles y de dudoso buen gusto, que traen a la memoria la melancólica estrofa de Horacio sobre la grandeza modesta de la antigua república.

Estos propósitos de concurrir a crear en el alma de nuestras jóvenes generaciones el sentimiento de solidaridad íntima y prospectiva, se realizarían con la organización y primer impulso impresos a los estudios de las diversas facultades, sobre las bases: 1.^a de su *integralidad*, o sea la comprensión de todos los ciclos de la enseñanza dentro de su sistema total, de manera que la misma Universidad prepare desde la noción primaria y elemental, los futuros alumnos de sus cursos facultativos y los futuros investigadores de la ciencia. Es el caso, por comparación, de la fábrica que, en vez de comprar o adquirir en el comercio todas las materias primas de su elaboración o refinamiento, las cultiva o elabora ella misma de acuerdo con la ley científica de una más alta y pura selección. Así, nadie duda que entre nosotros la causa principal de las deficiencias y desastres imputables a las universidades, se deben en realidad a la dispersión y anarquía reinantes entre todos los colegios nacionales preparatorios, en cuyo régimen y labor ninguna participación tienen las facultades destinadas a recibirlos en sus aulas. Queda así toda la suerte de la enseñanza entregada al azar del examen, esa escuela de fraude universal, que enseña la simulación, la mentira y el ardid culpable, desde el umbral de la escuela primaria hasta los últimos tramos de la escala universitaria; y si hasta ahora esta Universidad no ha podido

extirparlo de su seno, no obstante hallarse en su primitivo programa, es de esperar la reacción que haya de reemplazarlo al fin por un mejor régimen de la clase, o por otro medio de constancia y verificación de la enseñanza; 2.^a de la *correlación* efectiva de los estudios afines o idénticos entre las diferentes facultades: sistema al cual se le atribuyó una función primordial en los primeros años y que, por diversas causas de orden más práctico u operativo que científico y racional, fué degenerando sucesivamente hasta desaparecer casi por completo. Error grande que habrá de desnaturalizar la índole de esta Universidad, si no se reacciona y se procura restablecer la rotación o penetración de estudiantes de unas facultades o institutos en las aulas de otros, que den enseñanzas comunes a dos o más de ellas. Esta comunidad de estudios, realizada en aquella escuela donde la materia sea más ampliamente estudiada, o como en el caso del dibujo, requerido por casi todas las profesiones o secciones de estudios, hecha efectiva en una academia común, como fué la escuela que funcionó en el Museo bajo la dirección del malogrado doctor Delachaux; o como en el caso de la biología, la antropología y la fisiología, tan esenciales ya para la recta comprensión de las ciencias educativas, penales y psicológicas— será una de las fuerzas más poderosas para suprimir las causas de discordia y disgregación de los grupos estudiantiles, transmitidas después a la vida social y política para generar los antagonismos irreductibles que llevan en germen la disolución de la patria, aparte de su inmenso valor disciplinante de la mente y preparatorio de las respectivas profesiones o ramas de las ciencias correlativas. Evitará el charlatanismo científico de las profesiones liberales o literarias, inculcando en todos el sentimiento sincero y la noción concreta de la verdad real, sobre las leyes de la naturaleza y de la vida. Tuve la inmensa pena de oír en un informe parlamentario sobre nuestro presupuesto, la acusación de que tal sistema sólo era un modo de engañar respecto del número de alumnos, para justificar el subsidio pecuniario y abultar nuestros gastos! Y dentro de la Universidad misma, vi también con dolor la falta de verdadero interés en vencer las dificultades materiales para arreglar los horarios, destinados a la realización de una cómoda asistencia simultánea a

los cursos de correlación. En cambio, en las pocas facultades donde se ha conservado el sistema, sus resultados benéficos son visibles, no sólo por la convivencia y trabajo común de diversos núcleos de estudiantes, sino por la ventaja de la ampliación de conocimientos y métodos, útiles para todas las disciplinas.

Una tercera base de realización del plan antes trazado, era la continuación de las prácticas que constituyen la «Extensión universitaria», tal como la concibe la ley-tratado, y entre cuyos medios más eficaces, se halla el de las asambleas didácticas periódicas del cuerpo de profesores, las cuales contribuirían no sólo a formar y estrechar el «espíritu universitario», sino al progreso efectivo de las ideas orgánicas y docentes en el país— y si se extendiese el sistema a otras universidades nuestras y del extranjero—hasta muy lejos de sus propias fronteras. No creo que esta creación de la ley sea ya letra muerta, sino que pasa por un período de «sueño», del cual despertará cuando se afirmen las condiciones de vida de la Universidad, y el ambiente moral de la época, para infundir en los señores profesores un entusiasmo mayor por la acción extensiva de sus propias cátedras y por aumentar la esfera de influencia de sus ideas fuera de las puertas de sus aulas oficiales y obligatorias. Con todo, y como resultado de las asambleas realizadas, ha quedado, en forma de votos o reglas, un conjunto de sanas doctrinas didácticas, que habrán de guiar los pasos de muchas creaciones y reformas, vivamente reclamadas por los varios ciclos de la enseñanza nacional. Una de éstas afecta a uno de mis ideales más intensos, y es el relativo a la creación de un ciclo de estudios intermedios entre el colegio nacional, como extensión de la escuela primaria, y el colegio «preparatorio» de la facultad o altos estudios de propia y amplia investigación, el cual resuelve a la vez dos graves problemas, el de la diversa y heterogénea preparación actual, y el de la división entre los fines profesional y puramente científico o ético de las varias enseñanzas encomendadas a la Universidad.

En este mismo orden de ideas, y siempre dentro del pensamiento expresado en la ley-tratado de 1905, tomó forma espontánea y vigorosa la nueva Facultad de ciencias de la educación, por la fusión de las dos secciones anexas a la de

ciencias jurídicas y sociales—la de letras y filosofía y la pedagógica—resolviendo de esta manera, no sólo la anhelada reforma de los estudios preparatorios para el profesorado normal y secundario, sino para la correlación, o mejor dicho, la íntima compenetración entre las ciencias y las letras, que crean en el educador los espíritus de verdad y de belleza, y en resumen, el sello de una amplia y libre cultura moral, que debe ser la cualidad esencial de todo hombre que aspire a conducir a la juventud. Las condiciones de forma y amplitud en que esta reforma se ha llevado a término, constituyen un progreso en las ideas y realidades universitarias de los países más avanzados, y ha sido reconocido ya por altas autoridades científicas de América y Europa. Será título imborrable para la dirección y cuerpo docente de esa Facultad, el haberla conducido hasta estos grandes e indestructibles resultados.

Pensamos también imprimir a nuestras aulas y laboratorios de investigaciones, el sello de la mayor libertad compatible con la disciplina propia de cada ciencia, y en paralelismo con el desarrollo de los estudios profesionales, regidos por la ley. Tendríamos así cátedra libre, debate libre, investigación libre, al alcance de toda conciencia ansiosa de saber o de enseñar lo que sabe; y si hubiéramos podido continuar nuestro primer plan de correlación efectiva de estudios y enseñanzas, con profesores de universidades extranjeras y otros independientes, quizá nos hallaríamos ya muy adelante en el camino de la gran conquista de la cultura universal, y nuestras aulas serían como un ágora abierta a todas las ideas del mundo, que tendrían en el suelo de nuestra patria el alvéolo de su eclosión primera: pensamiento que he expresado varias veces en mis discursos y escritos, al adoptar la fórmula ya enunciada por el fundador de una de las más afamadas universidades de los Estados Unidos, diciendo: «quiero una universidad en la cual *toda persona pueda adquirir todo conocimiento*»; pero era este, sin duda, un paso arriesgado para el sentir de los círculos dominantes entonces, y las proclamas de los oradores y las plataformas de los aspirantes a caudillos de rutinas inveteradas, habrían clamado contra el libertinaje de la enseñanza y contra el despilfarro de los dineros públicos. Estas arengas y peroratas efectistas y teatra-

les me recuerdan las tormentas y convulsiones de la atmósfera, mientras allá, más arriba, la estrella espera impasible su paso, para seguir penetrando con su luz serena e imperturbable hasta el fondo de la vida de todos los seres. La verdad espera siempre y triunfa, y su crecimiento atómico, aunque a veces invisible como el de las masas minerales (*incrementum latitens*), llega un día a formar la montaña que ha de aplastar siglos de rutinas y de errores acumulados.

Uno de los más tenaces entre éstos es, en los pueblos de nuestra tradición y parentesco, el de creer que las casas de estudios no deben hacer nada fuera del mandato legal y fuera de la obligación regulada por el sueldo. A ser esto así, escuelas, colegios y universidades no serían más que la continuación de los «estancos», por cuyo medio el régimen de la antigua colonia realizaba su sistema del monopolio comercial. Pero, por fortuna para nosotros y para las nuevas generaciones hispano-americanas, estas ideas han cambiado en las esferas de la ciencia, y según ellas, el exponente de un Estado culto sería el reconocer en toda casa de estudios un poco de elaboración cultural libre e independiente aun con relación al Estado mismo; ya que la ciencia del Estado, como de todas sus demás realizaciones, sólo son efectos o manifestaciones de la gran ley de la vida, objetivo final de toda creación científica. La universidad, como síntesis más amplia de toda ciencia y de todo sistema educativo, no puede existir sin libertad, y su acción será limitada, insuficiente y mezquina en la medida en que esa libertad le falte: tanto ella, como el Estado por su influencia, generan, cultivan y propagan los elementos de su propia renovación, selección y progreso.

Quisimos modificar la base habitual de las relaciones entre la Universidad, como autoridad, y la masa de su pueblo, constituida por los estudiantes; y muchos de éstos recordarán tal vez los reiterados coloquios mantenidos con ellos sobre las gradas del Museo, o bajo los árboles del bosque, o en las salas de conferencias, en las cuales les confié mi pensamiento respecto de ese interesante problema. Al concepto errado y rutinario de que la universidad es sólo el personal oficial que administra y enseña, yo opuse el de que la universidad es el conjunto in-

divisible de los que gobiernan enseñando y de los que obedecen aprendiendo, de manera que no es concebible una universidad sin alumnos, como no lo es un Estado sin pueblo. Al tipo penitenciario del estudiante malo, indisciplinado y disoluto, yo opuse el del niño bueno, dócil y bien inclinado; pero tenía como fundamento indispensable la existencia de un régimen democrático de libertad, protección y tolerancia paternales, de confianza apoyada en el cariño y la benevolencia del maestro hacia el alumno, y de penetración de la ciencia por el seguro camino de la simpatía conquistada entre la cátedra y la banca. Mi base para fundar la disciplina de la masa estudiantil, era la del profesorado sabio, laborioso y honesto, amigo de la ciencia y de su discípulo, cuya armonía se funda en el respeto del saber y del esfuerzo sincero por saber más. El profesor-juez aleja al alumno del alcance de su comprensión; el profesor-autoridad crea entre él y su discípulo una relación de hostilidad y dominación, que se vuelve inconciliable y estéril para la ciencia, como una roca para la semilla y el riego. «La bondad — ha dicho alguien — es la llave de oro con que se abren las puertas de la sabiduría»; y Leonardo de Vinci hacía reposar sobre el amor toda compenetración intelectual entre los hombres. El don de simpatía es descubierto en el profesor por ese poder oculto de percepción que caracteriza a los niños, de manera que un maestro ignorante es conocido al decir la primera palabra o hacer el primer gesto ante su clase, así como el maestro bien preparado, o sincero, o laborioso, es acogido con respeto por la clase menos disciplinada, aunque su saber no sea muy extenso o deslumbrante.

Entre tanto, justo es observar que la juventud asistente a nuestros colegios y universidades, procedente de tan diversos orígenes, de tan desigual preparación y de tan distintos focos sociales, viene, en general, contaminada con todos los prejuicios y pasiones de la calle, y a veces armada o envenenada de sentimientos hostiles hacia toda autoridad docente; y mientras los prestigios del saber, la simpatía y la natural superioridad de los maestros no han vencido la originaria hostilidad del grupo adventicio, se ha producido entre ellos un estado de guerra latente, que cesará apenas la influencia de la palabra o la con-

ducta del maestro comience a dejar sentir sus virtudes domesticantes o catequistas sobre el alma del neófito. Y luego, en nuestras costumbres entra por mucho la explotación caudillesca del prestigio o la simpatía estudiantiles, en favor de ciertos bandos, haciéndoles gustar a ellos el sabor prematuro del éxito o la elevación política, o exaltando a una falsa realidad el valor de sus incipientes nociones sobre las cosas de la vida pública. Surgen de allí mil graves desviaciones del espíritu juvenil y de sus buenos sentimientos originarios, hacia las pasiones o los intereses extraños, en pugna con los superiores fines de su educación, preparación y cultura, que retardan sin beneficio alguno para nadie, y sí con evidente perjuicio para ellos, el día de su verdadera liberación mental o afectiva. Por eso, todo sistema educativo con fuerza bastante para vencer o rechazar desde la puerta de la escuela las corrientes de la calle, será un buen sistema y hará posible el recorrido completo de los ciclos de estudios que forman el hábito científico, el amor de la verdad y el desprecio por lo vano y precario de esas «gloriotas», que anticipan con tanto daño los nobles halagos de la verdadera gloria.

Nuestra Universidad reconoce en sus estudiantes todos los caracteres de su personalidad colectiva, el ejercicio de ciertos derechos de representación en sus consejos, y les ofrece los medios de desarrollar con libertad sus anhelos de saber, de investigar y de vencer las dificultades; nunca fué rigurosa ni menos hostil hacia ellos, juzgándose una madre amante aunque severa, más que débil y complaciente, y en varias de sus reclamaciones colectivas ha reconocido su justicia y ha incorporado sus iniciativas; y así como en su espontánea inspiración sería benévola en lo justo, no se hallaría, sin duda, dispuesta a tolerar interesadas o ajenas pretensiones, contrarias a la labor cultural de los alumnos, a la dignidad de la cátedra y a la autoridad que en nombre de la nación ejerce sobre ellos. Y ninguna razón tendrían, por otra parte, tales reclamaciones, pues que todas sus leyes y métodos reposan en la base de la libertad mental, de la renovación e igualdad democrática de las funciones renovables, y en un espíritu de progreso y de evolución que ninguna universidad moderna supera. Si es que algún lugar

he logrado conquistar en el ánimo de los estudiantes platenses, mi exhortación, mi consejo serían que no se dejen encantar por esas falsas sirenas de la popularidad, de los prestigios y ambiciones prematuros de la vida política, antes de realizar un ciclo completo de estudios, suficientes para entrar en la lucha de la vida provistos de instrumentos eficaces, de éxitos reales y de conquistas positivas para su bienestar y su serenidad interior; que sean ordenados y obedientes a las prescripciones e indicaciones de sus maestros; en la convicción de que ninguna independencia es concebible en la ignorancia, y que una disciplina consciente es la más poderosa fuerza generadora de libertad futura. Ahora que la Universidad ha dado la prueba más alta de su capacidad corporativa en la acertada elección de su nuevo presidente, contribuyan todos, profesores y alumnos, a sostener, secundar y dar relieve a su autoridad, seguros de que ésta se parecerá al «yugo suave» del Evangelio, más que a la inútil espada de los despotismos anacrónicos o ridículos. Su programa de gobierno, expresado en sus actos y en sus libros de educador universitario, abre el camino a las conciliaciones y a las armonías más completas, pues se basan en el pleno conocimiento y publicidad de sus ideas y direcciones fundamentales.

Yo estoy seguro de que este nuevo período será el más fecundo en la vida orgánica de la Universidad. El mío, hoy terminado, fué de construcción, de luchas, de experiencias, de errores y reveses, debidos a mi insuficiencia y a la acción de factores imprevistos; el nuevo será, sin duda alguna, el período de la afirmación de la Universidad en la vida de la sociedad y de la nación, y en la opinión de todas las gentes; será el período de las orientaciones definitivas y de la manifestación de las leyes permanentes que hayan de regir su vida futura; será el período de la verdadera acción educativa en extensión e intensidad, porque al saber propio y a la experiencia del nuevo presidente se agregará el inmenso y sólido prestigio que su personalidad moral, profesional y pública reflejará sobre la vida del instituto; y será, además, el período de verdadero brillo y expansión de sus enseñanzas e influencias, no sólo sobre nuestro país, sino sobre los vecinos y más lejanos, vinculados por antiguas solidaridades de raza y de destinos, y por la universal solidaridad de

la ciencia sin fronteras. Maestros y alumnos deben este apoyo y cooperación, que formará una fuerza colectiva incontrastable contra toda vicisitud por venir; y yo, que he presidido el primer ciclo de vida de la institución, considero como un honor el convertirme en el último obrero de la común labor de afirmación y crecimiento.

Reconozco y hago pública confesión de mis errores, imprevisiones y acaso tolerancias excesivas de hechos establecidos, intereses creados o fuerzas aparentes de resistencia o agresión; también, de mis escasas aptitudes de administración y gobierno, así como de mi irresistible inclinación, tan expuesta al abuso ajeno, a considerar a todo colaborador más como un amigo que como un funcionario; pero acaso de entre todas mis faltas sea ésta de la que moriré impenitente, creyendo como creo, que siendo todo gobierno obra de hombres y no de ángeles, ha de ser más humano que divino, y sujeto a las caídas del error como a las sublimidades del sentimiento. Por eso proclamo la íntima conmoción con que me alejo de este cargo, no por la parte de poder o influencia sensual que él pudiera envolver, sino porque me privará del trato frecuente y de la labor común con tantos espíritus y corazones adictos, con quienes habíamos formado una estrecha comunidad de ideas y de anhelos superiores, que han calentado en nuestras almas una amistad que no habrá de extinguirse en la vida.

Pero, señores, con todos los errores, los obstáculos y las luchas de día en día por la defensa de la Universidad, afuera y a veces dentro de ella misma, puedo declarar que mi gestión ha sido, en general, de progreso efectivo, aun en el sentido financiero. Aunque he de estudiarlo con más detalle analítico en una memoria especial, no dejaré de hacer constar el hecho de que todas sus facultades, institutos y escuelas han consolidado su existencia y regularizado su acción docente sobre bases sólidas y evolutivas. El Museo es por sí solo, gracias a sus antiguos y nuevos prestigios, al valor y amplitud de sus enseñanzas, publicaciones y tesoros científicos acumulados, y a la contracción de sus maestros e investigadores, una verdadera Universidad científica; la Facultad de ciencias físicas y matemáticas, con su correlativo instituto del Observatorio astronómico, des-

pués de las agudas y graves crisis de todo orden, que agitaron su vida en los primeros años, se ha encauzado en una vía normal y definitiva de labor docente y experimental, a punto de ser un fuerte centro de atracción estudiantil, por una parte, y por otra, de intensa, fecunda y silenciosa tarea de observaciones que nos ponen en contacto con el más alto mundo de la ciencia, reflejando a la vez un verdadero honor sobre la Universidad que los sostiene y estimula. Dotada la Universidad, por la ley-tratado de su fundación, de cierta masa de bienes que fueran patrimonio de la extinguida Universidad de la provincia, y desprendida ésta, por un gran acto de gobierno del doctor Marcelino Ugarte, de los valiosos institutos científicos que formaban en esta capital una verdadera universidad virtual, como su Museo, su Observatorio, su Biblioteca pública, su vasto fundo rural de Santa Catalina, y terrenos y edificios suficientes para rentas y edificación; erigida en corporación universitaria y dotada de aranceles y facultades para crear contribuciones; colocada bajo el amparo de la nación, obligada a suministrarle el subsidio pecuniario para su sostenimiento y expansión, quedaban establecidas sus bases financieras y la formación de su propio tesoro. El primer año sus diversas ramas de rentas produjeron veinte mil pesos, y hoy entrego a mi ilustre sucesor, a los doce años de funcionamiento del Instituto, una renta de 340.000 pesos, y el fondo permanente de reserva en la suma de 420.000. El subsidio de la nación, que fué en 1906 de 1.078.000 pesos, y ascendió en 1914 a 1.600.000, ha quedado fijado para 1918 en 1.440.000 \$. El monto de nuestro presupuesto, que fué en 1906 de 1.079.200 pesos, asciende en 1918 a 2.160.728 \$. La inscripción de alumnos de 1906 fué de 985, y llega en 1918 a 2.875. Su capital bibliográfico, calculado en 1906, en sus diversas facultades y en la casa central, en cerca de 60.000 volúmenes, llega hoy a la cifra aproximada de 105.000, debido a diversas donaciones y adquisiciones que detallaré en otro documento. Y con este capital financiero y este material, así como sus numerosos laboratorios, gabinetes y museos, la nueva época administrativa tendrá base suficiente para desplegar sus planes de mejoramiento y expansión, poniendo a la Universidad en situación

de desafiar, por algún tiempo al menos, las contingencias desfavorables que pudieran depararle las circunstancias. Todos los esfuerzos e iniciativas parlamentarias para dotar a las universidades argentinas de recursos propios, al abrigo de las contingencias de la discusión parlamentaria y de la variabilidad de los proyectos ejecutivos, se han estrellado en la resistencia oficial, opuesta a toda combinación tendiente a crear una renta independiente y progresiva; y ellas nunca podrán afirmar un paso seguro, mientras la veleidad personal o política, el impresionismo parlamentario o los prejuicios, determinen las sanciones de los presupuestos relacionados con la enseñanza superior.

Señor presidente doctor Rivarola:

Al depositar en vuestras expertas manos de maestro y estadista educador, el cargo que desempeñé desde la fundación de la Universidad, me despido de él con la mas íntima seguridad en el éxito de vuestra gestión y en la vida fecunda y gloriosa que le espera bajo el nuevo gobierno. No conservo resentimiento ni memoria alguna de los hechos personales o colectivos realizados en oposición a mis actos o a mi persona, ni siquiera de aquellos que, dictados sólo por la incultura o la intemperancia tan irrefrenables como inconscientes, sólo reclaman un gramo de ciencia o una emoción de caridad, que los arranque de la propia tortura de sus odios o rencores infecundos. Nunca tuve sitio en mi alma para depositar carga tan incómoda y pesada, semejante a la capa de plomo de los hipócritas del *Infierno* de Dante. En las nuevas y altas orientaciones de mi espíritu, sólo siento un inmenso amor por los que sufren las torturas de sus dolores o de sus pasiones, tanto más feroces y suicidas cuanto más honda es su ignorancia. Deshojadas casi todas las flores de mis ilusiones respecto a la acción pública, me ha quedado una profunda simpatía por la juventud, un hondo anhelo de ciencia y de verdad, y una irresistible benevolencia para juzgar y perdonar los errores ajenos, sobre la base de mi creencia en la fragilidad de nuestra vida y de nuestras convicciones, sujetas al constante movimiento de transformación de las cosas y de los seres. En la alta tarea educadora

que comenzáis desde hoy a presidir, no desdeñaré la misión más modesta, siempre que sea en ayuda o cooperación de vuestros nobles esfuerzos por la elevación moral y mental de la más bella porción de nuestra nacionalidad; y hago votos, al fin, porque en la tremenda convulsión que sufren hoy los valores más consagrados del derecho y de la moral universales, no flaquee vuestra fe en la eficacia de la ciencia guiada por la ética, y en el valor inmutable del ideal que conduce a los reinos inefables de la armonía y de la belleza.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.



~~1019~~ 727011370-21
JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

9065

LA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

(1906 - 1918)

(DE LA REVISTA ARGENTINA
DE CIENCIAS POLÍTICAS
AÑO VIII, TOMO XVI, PÁG. 9 Y SIGTES.)



BUENOS AIRES

IMPRESA DE JOSÉ TRAGANT - CALLE BELGRANO, 438 AL 472

1918

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO



00956307